Diario de la timidez

Michael Peñafiel

Contenido

Capítulo I 1
Capítulo II 4
Capítulo III. Interludio 7
Capítulo IV 10
Capítulo V 16
Capítulo VI 18
Capítulo VII 22
Capítulo VIII 23
Capítulo XIIII. Preludio 27
Capítulo X 28
Capítulo XI 32
Capítulo XII. Reformulación 38
Capítulo XIII. Un final 41

Capítulo I

Quizá fue a los 8 que, un día en el bazar de mi madre, la criada adolescente me aseguró que era un niño guapo y yo me negué rotunda y sinceramente a aceptarlo como verdad. Ese niño no era capaz de aceptar ese cumplido sin regañadientes y quizá solo empecé a creerlo de poco a poco, cuando en la adolescencia me coqueteaban las jovencitas. Quienes se atrevían a gritar por la ventana de sus recorridos "ey, guapo", y me lanzaban papeles con sus números; y cuando de vez en cuando alguna vecina, que también iba en la secundaria, le confesaba indiscretamente a su amiga que yo, el chico que seguía en la fila del trole[1], era su amor platónico y le preguntaba "¿qué tal; es guapo, no?".

Bueno, no sé bien cuando dejé de dudarlo tanto y acepté que, si bien no era muy guapo como un modelo, era agraciado.

Llegó la adultez ahora, y en la casualidad de los días (en gimnasios, bares, fiestas o reuniones sociales) aún escucho esos murmullos tan familiares de amigas: "sí, tiene algo", "sí, es lindo", "sí, es simpático", y sonrió para mis adentros, como si de algo sirviera saber que a uno lo consideran apuesto; y es que, en realidad, no es algo exageradamente beneficioso cuando no se es rico.

Y para ser franco: ser buen mozo me complace más que ser inteligente. Es una premisa que quizá resulte superficial y desagradable para los intelectuales feos, pero también se alegrarían si fueran bellos. No conozco a ninguna persona agraciada que no se sienta bien cuando se le hace notar —como si no lo supiera ya— que provoca deseo. Todas las personas atractivas tienen solo dos caminos: actuar de forma modesta siempre que se puedan, y decir, por ejemplo, que no consideran la belleza su rasgo más destacado sino su inteligencia —si la tienen— y es una mentira piadosa para no resultar insoportables. El otro camino consiste en actuar como si fueran el maldito centro del universo y eso nunca es bienvenido por casi nadie; ¿y quién podría recibirlo bien?, está demás señalar. ¿Quién debería?

[1] Transporte público de la ciudad de Quito, Ecuador.

Esa sensación de que, como mínimo, recibes un número de miradas superior al promedio acontece en uno y se requiere de constante observación para no negarse a aceptar que sigue ahí. De alguna manera, es como una prueba de reducción al absurdo: "suponiendo que no soy apuesto", se dice uno, "entonces por qué me han mimado tanto con miradas, atenciones y cortesías, sin contar, claro, que me han dicho muchas veces que lo soy"; y en cada nueva oportunidad uno intenta verificar si es o no atractivo, vaya condenada costumbre maldita que consume el tiempo de uno.

Era tímido, así que me limite a conocer a unas pocas, y a fracasar dentro del margen de probabilidad alto de la inconquista para los timoratos y cobardes. Fui timorato y cobarde, pero no lo suficiente para no atreverme a cambiar estas dos características que consideraba indeseables.

La timidez es un asunto incomprendido para el que la sufre, pues este solo sabe que lo afecta. No puede hablar y hacer algo sin sentir una vergüenza extraordinaria. Así, pasa gran parte de la vida confrontándola y lidiando con ella; y un día, sí ha sido valiente y se ha disputado el *Yo* con ella hasta el olvido, la vergüenza se limita a algunos gestos y acciones leves, que dicen "aquí sigo". Algunas señas en el comportamiento que sugieren todavía timidez.

De niño odiaba a los chicos galanes, populares y engreídos. Me recordaban que yo era un perdedor. Poco a poco, la vida me convirtió en uno; sin yo quererlo, adquirí los hábitos de los hombres seguros de sí mismos, elocuentes, de linda sonrisa y ojos serios que tienen buen tacto con las manos. Esos que le provocan cólera a otros hombres que no son capaces de captar la atención femenina incluso con malabares.

Fue un proceso largo y decepcionante. No hay epicidad en el día a día. Volverse un hombre atractivo (y no solo guapo) es un entrenamiento complejo. Uno repite y repite hasta que en la repetición encuentra naturalidad.

En el proceso entiende que la asimetría es deseable. Si una mujer, por ejemplo, te considera feo estarás a su merced si no eres carismático o poderoso; si te considera tonto, a los pies de su soberbia intelectual sintiéndote menos si no eres apuesto o rico; pero si una mujer te sabe guapo, inteligente y relevante —y no es en la misma medida eso— tendrá claro que más de una mujer estaría encantada de quedarse contigo, y eso te proporcionará una actitud de dignidad robusta.

Esta disparidad existe, y admitirla te enseñará que las relaciones románticas son la última cosa de tu vida. El trabajo, la profesión, la reputación, el ingreso personal, la influencia social, las características sobre las cuales puedes ejercer cierto control, cierta mejora, son más importantes. Son lo que realmente debe ocupar tu tiempo. Ser el mejor en todo lo que haces y dejar que las victorias de tus esfuerzos hablen por sí mismas. Porque en realidad, si uno lo medita un poco, la vida es lo suficientemente larga como para enamorarse más de una vez. El amor llegará, incluso a los hombres más patéticos —y que carecen de toda cualidad socialmente apreciada les llega— y sino uno habrá vivido de tal forma que sea algo más que un simple hombre estándar.

Capítulo II

Ayer fui a una fiesta con mi mejor amigo, Erick, además de un nuevo amigo: Óscar. El plan inicial era recoger a unas *lovukis*, como les decimos codificadamente a las mujeres con las que salimos a ambientes nocturnos últimamente, e ir a una discoteca. Fue así. Fuimos hasta eso de la 1 de la madrugada. Luego, una de ellas sugirió ir a la fiesta de una prima, y fuimos. Ya en el lugar, una de las dos mujeres se sintió incómoda y cambiamos de lugar a otra fiesta. (Sí: a mí también me sorprende la diversidad de opciones que hay para emborracharse y celebrar).

En el primer trayecto a la discoteca, yo no hablé mucho. Me concentré en la conducción, pero noté que la muchacha de cabello corto, bonitas piernas y lindo trasero me había estado mirando por el retrovisor. Fue más obvio que le gustaba cuando salí del auto al llegar a la discoteca y ella se me quedó mirando fijamente de forma provocadora y sonrió. Qué atractiva cara me resultó, y luego cuando empezó a bailar en la discoteca la deseé. El movimiento de sus glúteos y caderas era excitante. Imaginé cómo la tendría abajo de mí, como conduciría su placer y escucharía sus gemidos.

Estos pensamientos son casi inconscientes, uno desea el cuerpo, desea el sexo de la mujer, desea darle placer. La desea sabiendo que ella tendrá que consentir el tacto, los besos, el acto sexual en cada ocasión. La desea sabiendo que ella también lo desea a uno.

Bailamos y bebimos un poco, yo mucho menos que el resto porque esa noche conducía.

La mujer creaba proximidad conmigo tocándome ligeramente cuando no había necesidad. Yo le acariciaba un brazo o la sujetaba de la cadera y le miraba los ojos sostenidamente. Poco después de llegar a la segunda fiesta nos tocamos las manos y nos la acariciamos. Ahí fue obvio que, si era educado y seguía el manual de las cortesías, quizá si todo salía bien, podría acostarme con ella esa noche.

Acostarme con ella no era necesario, compartir un momento agradable sí; hacer que se sienta cómoda conmigo y con la situación, sí; divertirme en su compañía, sí.

Pasamos el resto de la noche hablando y me confesó que tenía novio. Eso no me provocó ningún disgusto. Ningún malestar. Nosotros seguimos conociéndonos a través de preguntas y el tacto sutil. Entonces, cuando estábamos a punto de besarnos, un odioso tipo indiscreto de sus contactos se nos acercó y empezó a decirle que no se metiera conmigo, que él la quería, haciendo bromas sobre eso; "que era celoso", llegó a decir renunciando a todo el poder de su masculinidad y la confianza de un hombre de verdad. Yo solo lo ignoré porque ella me dijo que estaba bien, que lo conocía. Odié a ese idiota con cada poro de mi piel. "Quién carajo se mete entre dos personas de esa manera", pensé. Pero luego asumí que debía obviar el asunto, y así lo hice. Esta clase de tipos me dan asco. Pierden cualquier cosa que podamos llamar autorrespeto y dignidad, y no sólo eso: violan la intimidad de otros, intervienen su tranquilidad. Son esa clase de fracasados que preguntan: "¿qué tiene él que yo no?", con un ego edificado sobre la nada. Cómo presuponiendo que algo son, algo más que el resto. "Bueno, pues, reverendo idiota, quizá el tipo que ella prefiere es más guapo, carismático o interesante que tú. Deja de lloriquear y sigue con tu vida, busca otra mujer" —dan ganas de decir. Muy pocas. El resto del tiempo hay una risa interna algo cargada de desprecio.

Ser un hombre apuesto tiene un recargo extra: la envidia no buscada de los feos. Quienes están muy interesados en describir que los están ignorando o cambiando por su falta de gracia; hay feos que tienen la dignidad suficiente de irse y otros que simplemente quieren encontrar razones a cuenta de la agresividad. A los segundos sólo dan ganas de enfrentarlos con *puñetes*[2].

Regresando a la muchacha: esta no tenía un lugar en el que quedarse esa madrugada, pero preferí no ofrecerle posada hasta que todas las opciones se hubieran agotado, porque sería muy incómodo y extraño hacerlo, según creí. Sólo era un tipo que conoció horas atrás, qué sabía ella de mi decencia.

Consiguió un lugar y me ofrecí a llevarla en el auto y también a su prima en compañía de Erick. Así que después de arreglar unos pequeños asuntos de por medio, condujimos con dirección al Valle.

[2] Pelear a puños.

Fueron horas largas, y yo estaba cansado porque no había descansado nada. Además, fui al gimnasio en la mañana y pasé el resto del día despierto hasta las 9 p.m., que empezó el viaje partiendo a ver a los amigos y las acompañantes de la noche. Después bailábamos hasta las 3 de la mañana. Así que estaba realmente cansado. Sin embargo, conducir con los dedos entrelazados de la sexy chica me dio una sensación de bienestar. Además, era buena compañía. Era agradable.

Mi amigo, claro, estaba muy cómodo besándose y acariciándose con la prima de esta chica en el asiento de atrás. Yo intentaba no dormirme.

Las dejamos a ambas y empezamos el retorno a nuestras casas. Mi amigo empezó a decir que esta situación era otra cosa: fiestas, mujeres atractivas, la sensación de ser atractivos y jóvenes y de estar viviendo, y yo compartí su punto de vista. Era alegre todo lo que había sucedido en las últimas horas. Era el presente y había que apretarlo para sentir su textura. Aceptar lo que sucedía y estar conforme con eso.

Quizá no volvería a ver a la chica o estar en la misma situación, pero la sensación de estar viviendo se quedaría conmigo, para poder escribir algo o simplemente recordar esa anécdota con dulzura. Porque no hay nada más que el presente y lo que se hace con él.

Capítulo III. Interludio

Ha pasado más año y medio desde que escribí en este diario.

Desde las 11 de la mañana estuve clasificando alimentos donados para familias afectadas por el aluvión de la Gasca, en Quito, el 31 de enero. La tarea era simple: abrir cajas, bolsas o cualquier contenedor que contuviera víveres, comida empaquetada o enseres de higiene donados y agrupar el contenido según tipo en motones, para luego armar kits. Cuando acabamos de juntar latas de atún, filas de fideos o bolsas de leche, los voluntarios nos organizábamos para armar paquetes equilibrados de varios productos que serían entregados a los afectados del aluvión.

Este se llevó 24 vidas según confirmó un noticiario la noche de este 2 de febrero.

En el voluntariado, una mujer con la que entablamos una amistad dijo: "No importa todo lo que hagamos, nunca será suficiente", y compartí su punto de vista. Aunque estuviéramos catalogando alimentos y productos de higiene hasta la madrugada, nunca sería suficiente.

Esas personas habían perdido la vida no solo por un desastre natural, sino por inoperancia, ineptitud, y peor: por el desinterés, la absoluta indiferencia de la administración local de gobierno. Así que, como me he acostumbrado, apreté la imagen de los voluntarios en mi memoria, intentando que formara parte de mi filosofía personal de la vida, que guiara mi ética, y me diera esperanzas: gente buena había, y había que seguir su ejemplo, ponerse el peso de la solidaridad en la espalda y hacer las cosas de forma anónima como la gente que estaba separando cosas para que otros pudieran comer algo y limpiarse estos días. Así: sin ansias de gloria, sin la adición de las fotos y los halagos. Solo haciendo cosas buenas porque eran buenas.

Visité a mi abuela hace unos días. Antes vivía en el mismo barrio que ella; pasé toda mi niñez ahí. En algún momento de la visita, recordé que compraba almejas cocidas con limón en una calle del vecindario. Decidí ir por ellas, aunque pensé que hace ya mucho tiempo que no las había comprado, "quizá ya no las venda aquella señora" —pensé—. Fue una sorpresa encontrar el mismo carrito, en la misma casa, a eso de las 6 pasado el mediodía. Me acerqué y pregunté el precio. Tampoco había variado a pesar de los años.

Pedí una porción de almejas. Me las entregó esa señora morena de lentes gigantes de antaño, en una bolsa y me eché a andar de regreso a la casa. Las comí en una pequeña mesa acompañado de mi madre, pues mi padre no gustaba de ellas ni mi abuela. El sabor era el mismo, todavía lo recordaba. Comí todas muy rápido y luego me lavé las manos.

En el ejercicio de tallar las manos con jabón, pensé que algunas cosas no cambiaban nunca, se mantenían constantes en el tiempo, y eso era bueno, se agradecía; *fuera como fuera que el mundo cambiara invariantemente, la invarianza de algunas cosas en él eran buenas.*

—No me cierro al amor —dije—. Ya vendrá. Intervendrá mi vida y yo no le cerraré ninguna puerta o le pondré ningún pero. Pero no pienso ni es correcto aceptar trozos de amor. Nadie merece menos que el compromiso de la edificación del amor, la que se nutre de la sinceridad mutua y el esfuerzo constante de la comunicación y el apoyo.

Me han mentido, sí, pero eso no significa que siempre lo harán. Me han utilizado, sí, pero eso no significa que siempre lo harán. Pero cuando lo intenten será bueno anular cualquier esperanza del futuro. No hay futuro en los amores inconclusos o imposibles. Solo lo que ocurre es real, merecedor de atención y un precio justo a pagar.

Ninguna mujer a la que no le haya dado todo mi compromiso, esfuerzo y apoyo, deberá pensar que no era nuestro momento. Deberá, sí, en cambio, apretarse el corazón y anteponer la dignidad, sufrirme, sobreponerse a la falsa imagen que ha creado sobre mí, y abrirse a la vida que está llegando todo el tiempo. Encontrar otro amor, y empezar una nueva vida. Porque la vida que tenemos también expira. Nuestra vida llega a su fin y comenzamos otra. Hay que vivir varias de nuestras vidas sabiendo mirar las que fueron y aprender de ellas. Pero el amor, y no los romances, es otra cosa: es una cosa que se suma a nuestras vidas y ocupa un espacio en ellas. Es algo que significa bienestar. Esa basura de que amas a quien no te ama o sufres por amor es una tontería. Aprender a vivir también tiene su arte; y una vez aprendido, uno vive con la única verdad de que no se muere más que cuando se deja de respirar.

Capítulo IV

No he escrito en este diario durante un buen tiempo.

A eso de los 21 años solía asistir cada sábado a la biblioteca del centro de la ciudad. Llegaba al lugar cerca de las 9. Saludaba a la bibliotecaria y empezaba a buscar literatura. Exploraba los estantes. Ahí, por ejemplo, leí *El viejo y el mar* de Hemingway y también una colección de cuentos *Microgemas* de Voltaire.

Este viaje era un ritual muy personal.

He olvidado todo lo que leí en esa bella biblioteca —si se lee mucho uno pierde no solo la cuenta de lo que ha leído sino también olvida los nombres y los autores que lo han hecho feliz, hasta que se topa con unos de esos libros leídos y su memoria empieza a andar. Además, la biblioteca pertenecía a un centro cultural y cruzando algunos pasillos uno podía ver exposiciones artísticas: a veces eran fotos, otras veces eran pinturas, en otras ocasiones multimedia, obras en general de artistas locales y extranjeros. Ahí también me pasaba un buen rato.

A la hora del almuerzo salía a comer por los alrededores y a mover las piernas. Tomaba algunas fotos y veía a la muchedumbre moverse.

Fueron meses muy felices esos del año 2019. Meses en donde mi cultura se amplió y mi gusto se refinó, tiempo en el que creo que se consolidó una voz madura en mi interior en el aspecto artístico, que se volvió auténtica y muy específica y no una voz prestada.

Quizá tuve ese privilegio por la economía de mis padres, mi madre me daba dinero para pasarme el día en el ocio de la lectura. Agradeceré por siempre esa expresión del amor en ella. También fue ahí cuando me di cuenta de que debía empezar a estructurar mejor mis escritos. Recuerdo haber leído unas críticas literarias de Joyce y pensar que me había leído la mente sin siquiera saber (esa estupidez de pensar que grandes los grandes autores nos entienden).

Bueno, no hay mucho más que decir sobre eso. Fue una etapa maravillosa que recordaré siempre con agradecimiento, pues ahora es difícil poder hacer eso. Y eso me ha recordado que cuando se puede viajar, conversar o hacer algún tipo de actividad sin lo estrecho de los compromisos y el tiempo de las agendas apretadas, debe aprovecharse y no posponerse, que como dicen "la vida es para ahora".

Me he puesto a pensar en mi Ego. Y me quedé un buen rato en silencio. Es difícil rastrear sus raíces, incluso si se ha hecho antes. Es algo incómodo y algo doloroso, para ser honesto. No sé si exista siempre una razón que explique una actitud engreída, pero al menos en mi caso es así: miedo al abandono.

Así como se dice sonaría a que es algo que he domado, pero creo que nunca se puede suprimir del todo un comportamiento que se ha desarrollado para "protegernos"; peor aun si se desarrolló en las edades tempranas.

Hay ocasiones en las que me comporto como un sujeto creído y vanidoso, y más tarde me arrepiento. Otras veces en cambio, cierto grado de una actitud creída simula confianza. Realmente, considero que parte de mi encanto tiene que ver con el Ego. Cuando cuento anécdotas de mis conquistas, el público que me oye se entretiene. No es tan así cuando discurro sobre materia literaria o científica; con sutileza, la gente desvía el tema de conversación.

Este asunto social de ser un galán me afecta mucho más. Siento que si no hablo de las mujeres con las que he salido seré solo un ñoño aburrido. Y no me malentiendan, quizá podría ser un ñoño aburrido sin ningún problema, pero he de admitir que la sensación de ser el centro de atención, el chico interesante que otros desearían ser, es muy adictiva. No se suelta así de fácil.

Resulta molesto, para un intelectual como yo, admitir que es un adicto al aplauso de otros.

Conocí a una mujer en el gimnasio. Esbelta, bonitas caderas y bonitos glúteos. Cara estándar, nada para exagerar. La acompañé a casa una noche. Le obsequié un souvenir y eso le gustó, se le hizo tierno. Nos besamos al 4to día de empezar la interacción. El beso fue incómodo. La ley de Murphy se puede traducir en: "si algo puede salir mal, saldrá mal". Así fue. Ese día di uno de mis peores besos. No hubo un entendimiento de bocas. Un comienzo nada memorable. Luego nos escribimos unos días. Intercambiamos piropos y preguntas.

La actitud de la muchacha era errática. Algo se sentía extraño, algo sentía extraño yo. Pero decidí que quizá eran cosas mías. Quizá me estaba autosaboteando como siempre, buscando el mínimo detalle para actuar como un soberano imbécil como es mi costumbre. Así que actúe de forma comprensiva. En realidad, no me parecía una mala mujer. Era agradable, aunque algo aburrida. No había grandes ideas en ella. "Bueno, disfruta esto", me dije, "qué tiene".

Así estuvimos unas semanas. Un día no contestó uno de mis mensajes y la encontré en el gimnasio. Estaba rara. Parecía triste y preocupada. Le pregunté si todo estaba bien y dijo que sí. "¿Por qué?", preguntó. Yo levanté los hombros. Ella también levantó los suyos. Un día antes ella había intercambiado números con otro tipo del gimnasio. Se veía interesada en él. Ese día yo le comenté que quería hablar con ella. "No creo que podamos tener una relación seria", le iba a decir. "Veámonos para pasar el rato", iba a sugerir. Pero ese día estaba más extraña de lo normal, y no me dieron ganas de insistir. Acordamos hablar por mensaje y eso fue suficiente para mí. Ese día, ella se fue con él. No se despidió si quiera.

Luego le envié un mensaje donde corté nuestra relación romántica.

Supuse que debía haber estado con aquel muchacho, porque el mensaje tardó en llegar. "Bueno...", pensé.

Ella respondió afirmando que estaba de acuerdo. Dejamos de hablar desde ese mensaje. Supuse que todo estaba en orden. No la vi por días. Quizá estaba ocupada. El día que llegó al gimnasio sentí que

evitó saludarme, así que me acerqué a saludarla. Le pregunté si todo estaba bien, me dijo que sí. Después, seguí con la rutina de ejercicios ese día.

Llegó el nuevo romance y la chica lo ignoró, o esa impresión me dio. No estaba cerca, quizá porque pensó que sería muy rápido para hacerlo, porque los demás dirían "ey, no estaba con el otro"; quién sabe. Lo que recordé es que el hombre nuevo había estado triste esa semana. Ella no venía y se le notaba la tristeza en la cara. En realidad, llegué a oír una insinuación de su amiga, sugería que ella estaba jugando con él. Pasaron 2 días de feriados, y volvió un lunes. También actuó apartada de él. El hombre estaba molesto. Yo seguía aquel teatro de pasiones. Al día siguiente, nada, ni un saludo para mí. Me vio y evitó saludarme. "Yo qué sé", pensé. Ese día se tomó de la mano con él. Hubo más ternuras entre ambos. El hombre estaba feliz. Yo, he de admitirlo, me preocupé un poco por mí reputación. "Qué dirán los del gimnasio", pensé. "A las mujeres seguramente no se les pasará por la cabeza que este tipo es mejor que yo". Pero luego medité esta actitud mental y me recompuse. Me callé. Qué clase de adulto de buenas costumbres vive del ego, me castigué, y seguí con la rutina.

Pasó otro día, y ahora era notorio que ambos estaban juntos.

Se veían alegres. Estaba bien para mí, pero un tipo que nos había visto en el gimnasio me preguntó si me sentía bien. Yo incliné las cejas y luego me aburrí. Sí, dije seco.

Pero un día, María, como se llama la mujer, se me quedó viendo fijamente y al notar que noté que lo estaba haciendo, se recompuso. La relación con el sujeto no progresó mucho, supongo que se cansó de los destellos de amor de María, quien vivía, sin admitirlo, el duelo de una relación pasada: aún sufría el desamor de un exnovio infiel. Por esa razón, yo, desde que la conocí, no me permití las ilusiones, pese a que María me confesó que había esperado mucho tiempo a que la hablara. "Le decía a Evelyn (su amiga) que creía que me mirabas, pero no estaba segura, porque a veces me ignorabas mucho; quizá si me veías, como yo a ti, pero no iba a pasar esperando por siempre a que me hablaras. Por eso,

aquel día que me hablaste, estaba muy, muy, emocionada, y se lo conté inmediatamente", dijo cuando me confesó que le resulté un hombre atractivo.

He seguido yendo a la misma hora, haciendo lo mismo de siempre, intentando sacarme este bichito de la cabeza de compararme con aquel hombre. No es un pensamiento recurrente, pero no voy a negar que de vez en cuando se me cuela en la cabeza, como si estuviera obligado a probar cierta superioridad. Supongo que es la naturaleza de la mente misma.

Bueno, ese romance terminó así como empezó: mal.

Alguien me sugirió una intención de darme celos. Personalmente, no lo creo. Y si fuera así, no sería capaz de saltar sobre el asunto. Soy muy orgulloso para olvidar una cuestión así.

En la psicología hay una afirmación útil: "quién sufre el desamor se proyecta", refiriéndose a la actitud del dolido, quien suele pensar que todo se trata de él, cuando en realidad la otra persona actúa sin tenerlo presente en ninguna decisión. También hay unas reflexiones importantes: "el amor inconcluso no es, ni será", por ejemplo. Y esto ayuda a soltar ideas narcisistas de amores esquivos e inconvenientes. A ver las cosas como son y a seguir viviendo, alegremente, aunque no inmediatamente… Toma algo de tiempo no pensar en alguien con quien se han compartido besos, caricias y fluidos.

Seguramente aquella mujer simplemente disfrutaba más la compañía del otro hombre, y está muy bien. Yo no voy a dar vueltas sobre las razones de por qué.

Los romances son sólo romances. Imagínese usted si uno fuera por ahí desviviéndose por cada mujer que conoce. Qué angustiosa sería la vida.

También he de admitir que días antes de encontrarla en el gimnasio aquella ocasión en la que se fue con el hombre, conocí a dos mujeres. Una con novio y la otra soltera. La chica con novio tenía buen trasero y lindo cabello. Coincidimos en una fiesta, y al regreso volvimos de la mano, yo manejando y ella de copiloto. La otra también me la encontré en una fiesta: blanca, lindas curvas y buena

conversación. En esas dos ocasiones, no se me cruzó por la cabeza otra cosa que subirme encima de cada una en algún momento de la noche. Y que ellas estuvieran encima de mí. Así que sería hipócrita de mi parte decir que quería bien a María; eso no es así.

Capítulo V

—Honestamente, hay veces en las que no me considero una buena persona. La verdad es que leí una vez que uno en ningún momento puede ser siempre el mismo, y supongo que eso implica que a veces uno es un sobrado imbécil. El peligro siempre consiste en no corregir. En no saber admitir que se ha actuado mal. E incluso así, a quienes has dañado tienen derecho a no perdonarte o querer saber de ti más.

—¿Y qué has hecho que sea malo? —dijo ella.

—Muchas cosas —dije yo—.

—¿Más de las cosas buenas que has hecho?

—No. No lo creo francamente —dije con algo de alivio.

Quería decir, por supuesto, que me había esforzado por ser un hombre bondadoso, y que seguía esforzándome, pero no tuve ganas de decir nada. Recordé casi al instante que las palabras carecen de valor cuando no están respaldadas por el oro de las acciones.

Acabo de releer un primer capítulo de *Become the man women want*, de Trucker Max y Geoffrey Miller. Este trata de la confianza, que es un rasgo importante para resultar atractivo, y la trata con una honestidad que se agradece: "para ser un hombre seguro de sí mismo **no hay caminos fáciles"**, sentencian los autores, que escribieron además: "Lo primero es lo primero [dicen respecto a ganar seguridad en uno mismo]: no hay atajos. (...) La única estrategia efectiva para ganar confianza real es desarrollar habilidades y demostrar desempeño de esas habilidades"[3].

[3] El texto original dice: First thing's first: there are no shortcuts. (...) The only effective strategy for gaining real confidence is to develop skills and demonstrate performance of those skills.

Esto indica implícitamente de lo trata unos de los aspectos de la vida: la repetición. Sea lo que sea que uno quiera dominar intelectual o físicamente, habrá que acumular un sinfín de prácticas diarias. Para ser culto, hay inevitablemente que leer copiosamente. Para ser atlético, mantener una rutina de mantenimiento físico. Para ser bueno con las mujeres, coquetear con muchas e identificar lo útil y descartar lo inútil en nuestro lenguaje de seducción. Así es la vida: para ser experto en algo hay que repetir, repetir y repetir hasta que el cerebro cree patrones y recurra a ellos con inmediatez.

Capítulo VI

Recorrí mi yo pasado como una casa. No me gustaron las puertas, ni las ventanas. Odié el color de las paredes y persianas. Salí de ahí seguro de que no quería volver.

Me encontré con un fragmento de mi diario, escrito el 21 de diciembre del 2021:

> Me hice daño mucho tiempo. Muchos años. Y ese daño era consecuencia del daño que me hicieron de niño. Me rompieron en la niñez. Y recomponerse es un largo proceso de años. Tarde o temprano ya no necesitas algunas piezas que perdiste. Pegas lo que puedes, hasta que te das cuenta de que no necesitas esos pequeños pedazos; puedes ser hecho de nuevo. ¿Puedes, sabes?
>
> He lastimado ha mucha gente en ese proceso de reconstrucción y derrumbes, de edificaciones nuevas y demoliciones.
>
> Aún lo hago.
>
> Todavía lo hago.

Sin embargo, cada vez que pienso en el dolor de ese niño y cómo lo confrontó, puedo cerrar los ojos y aspirar con satisfacción.

Quizá de eso se trata el perdón: de resignación con el pasado. Y he aprendido a resignarme. Ya no quiero cambiar el pasado.

En un curso de inglés le pidieron a una compañera que me describiera físicamente. La muchacha buscaba una palabra, que no recordaba, y se sonrojó y se puso nerviosa, y entonces la *teacher* dijo *"¿good looking?"*, y la chica asintió. Otra compañera dijo: "Que le gusta dice".

La profe se rió y dijo: *"yeah, Joseph is good looking"*.

Goodloking bien podría traducirse como simpático, que es esa palabra que medio odio porque dice que eres apuesto, pero no para exagerar. Pero también es esa palabra que dice la 3ra amiga cuando las dos primeras le solicitan una evaluación de tu físico.

Hoy se me apagó el celular justo llegando al centro comercial, y no había llevado mi carnet físico de vacunación. Es febrero del 2022, y la post pandemia del Covid-19 todavía nos exige ciertas costumbres. En Ecuador es un requisito para ingresar a cualquier lugar concurrido.

Después de un rato le pedí ayuda a unas mujeres para poder abrir mi carnet digital, les pregunté si podían compartirme datos, pero me dijeron que no los tenían. Entonces, me puse a buscar un lugar donde imprimir el certificado. Cuando estaba en un centro de cómputo[4] por pagar la impresión, un señor le pedía de favor al dueño que le diera sus documentos, que le faltaban 30 centavos y hasta le quiso dejar la llave de su auto como prenda. Tenía una urgencia grande por llevárselos.

Al oírlo, conté esos 30 ctvs y se los ofrecí.

Al inicio no me entendió bien, luego los recibió con alivio y calma.

Yo recogí el certificado de vacunación que imprimí, me despedí del hombre diciéndole que no se preocupara, y me fui.

Al salir, pensé en esos extraños momentos donde podemos ceder algo que no significaría mucho para nosotros, pero en determinado momento afecta mucho a otras personas, y cómo podemos elegir cederlo. Un pequeño gesto, una pequeña palabra, una sola pregunta del estado de ánimo de a un amigo, cualquier cosa. A veces solo hay que ofrecerlo.

[4] Parecido a cibercafé, pero sin el café.

No puedo dormir. Son las 3 de la mañana. He pensado en el remordimiento de mi cobardía. Por muchos años, no fui tan valiente como para presentarme o saludar a mujeres que me interesaban. He repasado la lista y es larga. La vida fue amable conmigo e hizo que algunas mujeres, más arriesgadas que yo, con mucho mayor valor y más confianza, me hablaran a mí. Se presentarán conmigo por sí mismas. Pero muchas otras esperaron en vano que yo me presentara con ellas.

Por poner un ejemplo, yo estaba enamorado de una vecina: morena, esbelta, de trasero espectacular; era guapísima. Jennifer, ese es su nombre. La chica un día, quizá cansada de mi timidez, me preguntó algo sin mucha relevancia ni contexto y se presentó conmigo. Y la siguiente ocasión, yo seguía lo suficientemente nervioso como para quedarme pasmado y no saludarla y ver su reacción de decepción. "Mi hija estaba enamorada de su hijo", le contó años después su mamá a la mía. Yo me limité a sentir conformidad con aquello. No había estado delirando: le gustaba a esa chica, y era verdad que me observaba con interés y, en más de una ocasión, me invitó a cotejarla.

El tiempo fue cruel con ella, que ganó peso con los años y perdió su buena figura. El tiempo suele ser mal aliado cuando uno se descuida de sí mismo.

No sé por qué era tan retraído, por qué la cobardía me cobardía ganaba. Esta me afectaba. Me provocaba vergüenzas, malos ratos. Me incapacitaba para vivir la vida. Me hacía verla a la distancia como quien ve un tren partiendo al que debía subir; y esa sensación, la impotencia de no poder subirse, es desagradable, surge de ella un odio a uno mismo. Una serie de reclamos que circulan en la cabeza que lo lastiman y provocan más inseguridades.

Se me había olvidado lo mal que me sentí cuando no viví con valor. Lo difícil que fue para mí volverme este hombre confiado y carismático, que se acerca con mucha habilidad a una mujer y puede resultar atractivo. Ha sido una batalla ganada con los años, con años de suplicios personales.

Todo tiene un precio, y mi habilidad con las mujeres me ha quemado los pies. Ya no sé bien a dónde ir o cómo ser. Si el amor hospitalario me corresponde, si me lo merezco y podré aceptarlo sin que me afecte la consciencia. Ya no sé si soy un hombre bueno en esa dimensión de la vida, por el que vale la pena luchar como mujer. Y eso duele un poco, pero duele más saber que los balances que se alcanzan a veces se inclinan a lados que no queremos reconocer.

Capítulo VII

—Disculpa. He hablado mucho.

—¿Por qué te disculpas? Me gusta escucharte —dijo ella.

—Pero a mí me gustaría escucharte más a ti.

Se quedó en silencio y después de pensar dijo timoratamente:

—No soy como tú. No tengo cosas interesantes que contarte.

Le sonreí con piedad. —No digas tonterías—dije—. Claro que tienes algo que decirme. Cuéntame sobre tu semana. ¿Qué has hecho?

Ella me sonrió y luego me contó las cosas que habían pasado en estos días. Me concentré en ella, sus palabras y sus historias. Me gusta escuchar. Es valioso escuchar.

Cuando acabó de hablar, le pregunté cosas acerca de los detalles de lo que me había dicho. Ella alargó explicaciones.

Con el tiempo, he aprendido que es importante mantener y mejorar lo que en psicología se denomina *escucha activa*. El carisma de un hombre depende de ser un buen escuchador. Creo que fue de Clinton que se dijo que te hacía sentir único e importante por ser buen oyente. Bueno, de cualquier manera, a los líderes les agrega una buena cuota de valor saber escuchar.

Capítulo VIII

Soy una persona complicada. Para precisar lo que quiero decir con el adjetivo "complicado" revisé Internet. La RAE señala que significa «Enmarañado, de difícil comprensión». La última parte es la precisión que busco. No soy una persona que sea de fácil comprensión, y lo digo sin esmero ni pretensión de empoderamiento, automotivación o vanidad. Sería liviano ser todo lo contrario.

El asunto es que por más que me esfuerce, según opino, no logro encasillarme del todo en la imagen de un tipo normal. ¡Qué paz me traería! Hay una envidia sana que le tengo a esos hombres que no generan ni pasiones ni antipatías. Yo tengo que medir mis palabras, sopesarlas y evaluarlas de forma constante. Aunque quizá esta actividad sea la que te sugiera un asesor si quieres ser algún tipo de líder.

De cualquier forma, no quiero exagerar. Es así. Me pasa así. A veces lo recuerdo, a veces lo pienso. Pero es cuestión de no darle muchas vueltas a esto. Me aplomo, mejor, y sigo.

Todo pasa: el grado de la universidad, el primer empleo, la primera novia que se presenta a la familia con más formalidad, esa misma novia con la que uno se casa, con la que se muda, con la que tiene hijos y los crías; y un día, como hoy, se da cuenta de lo irreal que es, de lo imposible que era dimensionar lo que sentiría cuando la costumbre lo venciera.

Pasan las cosas sin que uno se dé cuenta, como si fuese prisionero de la ignorancia de los cambios.

Los cambios llegan silenciosamente y un día se sienten ruidosos en la cabeza de uno: "¿cuándo ha pasado todo esto?", se dice. "¿En qué momento?", y quién sabe. Uno no nada dentro del mismo río, pero es porque ese río se escapa y uno no se da ni cuenta.

Cuánto tiempo tiene que pasar para que uno se dé cuenta de que está muriendo y lo más importante es estar bien con el momento presente, declarando que está listo para fallecer si así debe ser.

Aceptar la muerte es una renuncia al peso, pero siempre queda un margen de rechazo, una sensación de prescindir del aire, de la inteligencia para decir lo que se dice y del pensamiento para pensar sobre lo que se piensa.

La Teoría del Apego explica por qué tenemos determinado comportamiento con una aceptable precisión. Adaptarse mejor al ritmo social o ir cuesta arriba cuando se trata de establecer buenas relaciones es consecuencia de unas tempranas atenciones, cariños y estilos de corrección que nos aplican en las edades más tempranas. Quizá usted no quiera admitir que su dificultad para socializar, expresarse con asertividad y mostrar cariño es producto de una ausencia de atención proporcionada de manera adecuada por sus padres. Quizá no lo abrazaron muy seguido, le castigaron con violencia o le infundieron miedo. De cualquier manera, el pasado es el pasado, y aunque su sombra se extiende al presente, no podemos vivir a su merced. Hay que encarar la vida y encarar al pasado para salir de él como un fénix. Al menos quienes podemos, porque hay circunstancias y condiciones muy difíciles. En las guerras, la pobreza y la miseria, no hay palabras que consuelen.

Ciertas situaciones, palabras o canciones afectan nuestro estado de ánimo, echan a andar pensamientos o nos limitan en acción. Estos días he estado pensando, después de mucho tiempo, en el amor. Ha irradiado de mi cierta esperanza de que llegue. Hace dos días fuimos a la casa de campo de la familia. Dos primas llegaron con sus novios, relaciones lo suficientemente formales como para presentárselas a los tíos, la abuela, los primos. Además, en el trayecto de regreso contemplé un rato a mi hermano y mi cuñada felices en los asientos delanteros del auto. Mi hermano manejando y su novia de copiloto. Estas imágenes se juntaron en mi interior y me hicieron sentir la necesidad de ser amado.

Controlé los pensamientos desde entonces, evitando dedicarles mucho tiempo. Volví hace casi una hora de comer con unos amigos y pasear por la ciudad. Entendí de repente que deseaba poder hacer ciertas cosas que hago con amigos con una novia. También tiene que ver el hecho de que la semana pasada haya almorzado con otros amigos y hayamos visitado un museo. En el grupo había parejas de gente mucho mayor que yo: 50, 30, 40 años. Eran personas felices y alegres.

Me callo. No quiero hacer de esto un manifiesto del deseo de amar. Se me irá pasando con las horas, quizá después de dormir estas se hayan ido.

Pero quiero decir con franqueza que me gustaría visitar lugares, comer varios tipos de comida y contarle las anécdotas de mi vida a alguien.

Me he acostumbrado a la idea de conocer mujeres, pasar un tiempo con ellas y continuar sin ninguna, pero leyendo *El hombre en busca de sentido* de Frankl, para ser concreto acabo de ojear la sección *Algo nos espera*, he recordado otra que hablaba sobre la esperanza y el consuelo que proporciona la mujer amada; he flexibilizado esta antipatía mía respecto a las relaciones de pareja. Si el amor se presenta, hay que recibirlo; así de fácil. Así de decidido.

Soy joven y no he vivido muchas cosas. No he amado a una mujer, por ejemplo, y he leído a filósofos, psicólogos, antropólogos, neurocientíficos y biólogos para llegar a la conclusión de que el amor es un acto consciente de elección rutinaria, perpetuo, constante.

No he amado a una mujer, pero me he enamorado locamente, claro. Perdí la cabeza por mi primera novia, y me enamoré de las 2 siguientes. La lista de mujeres con las que he tenido alguna relación romántica es larga, y lo digo sin pavonearme. Hay cosas mucho más importantes que gustarles a las mujeres.

Sé que tarde o temprano elegiré a una mujer, y ella hará lo mismo, que nos comprometeremos, nos amaremos, compraremos una casa, criaremos a nuestros hijos y envejeceremos. Claro que pasará.

Esta confesión declara mi desconocimiento de las cosas de la vida en pareja. Declara que no he vivido en carne propia el desencanto de amar a una persona, por su puesto. Y, sin embargo, también reitera mi consciencia de que ocurrirá y tendré que lidiar con ello. De que no deberé salir huyendo a penas algo no me guste, porque la vida se trata de muchas cosas que no nos gustan, y eso es bueno; nos hace personas que transitan la existencia meditando su fin, su lugar, su sentido. Nos hacen mantenernos ocupados hasta morir.

No hay una irreconciliación entre la juventud y la sabiduría. Dar por sentado que uno se vuelve sabio con los años será todo menos sabio. Si fuera así, el mundo estuviera colmado de personas sabías y efectivamente no es así. La sabiduría llega con el control personal del carácter, la orientación a los resultados, la capacidad de cambiar para mejor, la persistencia para hacer de uno mismo algo más que una máquina biológica de reproducción y subsistencia. Por ello, creo que es mejor tener esto claro ahora que soy joven, para recibir el amor con mucha más valentía y cordura, como es bueno que se reciban todas las cosas de la vida.

Capítulo XIIII. Preludio

Es el 17 de julio del 2022. Hace unos días oí en un podcast donde una psicóloga decía que una relación no podía desarrollarse si no nos mostramos vulnerables y confiábamos en el otro. Que el lector sepa que nada me es más difícil que esas dos cosas. Yo que he sido por muchos años una especie de tortuga que se esconde en su caparazón, he estado luchando por años contra una voz interior que me repite que la felicidad no es asunto mío.

El amor me ha golpeado la puerta, y le he abierto. Lo he recibido. Lo cuidaré y lo atesoraré, porque es de esas cosas que si se le dan a uno hay que agradecerlas. Ya no soy una tortuga, ya no tengo miedo, ya no escucho esa voz. Estoy listo para amar a esta mujer con todo mi corazón y acompañarla en su propia historia, observándola entré el público de la vida en primera fila. Espectando su felicidad y sintiéndola como mía.

En el pasado no era capaz de verme. De precisar quién era. De comprender el valor que tenía. Siempre me menosprecié de alguna manera. Fue así. FUE, con mayúsculas, porque no estoy dispuesto a perder otro segundo más de vida creyendo que no soy mi nombre con mayúsculas.

He pagado justamente mi inteligencia, mi belleza y mi carisma con mi dolor. Lo acepto. Pero también acepto lo que me merezco: este presente y el futuro.

Estos días no he escrito mucho. —¿Días? Más bien meses—. No he tenido ganas. He estado viviendo la vida que se me ha presentado, y encarándola.

Capítulo X

Hace más de dos meses conocí a Leisa.

Fuimos a un río el sábado. Lo cruzamos con los pies descalzos. Paseamos por un sendero que nos llevó a una cascada, que pudimos ver desde una gran roca. Ahí estuvimos algunos ratos en silencio abrazando la felicidad que se nos presentaba. Silencios cómodos, cálidos, pacíficos. Luego volvimos por el sendero, volvimos a cruzar el río y subimos por la carretera hacia nuestra casa del campo, la que había rentado para pasar juntos dos días. Quería paz, silencio, desintoxicarme de los últimos días. El trabajo había sido abrumador y las emociones que había sentido eran nuevas, incómodas y difíciles.

Las personas suelen considerarme un hombre seguro de sí mismo, fuerte, sano, estable, tranquilo y feliz. Y lo soy, pero no todo el tiempo, no en cada circunstancia de la vida; y ahora sé que la vida es así, que uno es así, que las cosas son así, y no tiene nada de malo. Ahora sé que tengo miedos, angustias, inseguridades, y que siento, y sentir es bueno, es sano.

Cuando regresábamos del río, cuando la carretera que subíamos se acabó, y empezaba un empinado sendero rural, varias motos subían y bajaban, y empezamos a sentir pánico. Era un pueblo en la mitad de nada y éramos gente vulnerable en la mitad de aquella calle, en la oscuridad. Sentí mucho miedo que pudiera pasarnos algo y de que a ella pudiera pasarle algo. Le apretaba la mano y me ponía adelante cuando veía motos. Fue un trayecto largo, quizá al menos 12 kilómetros a pie, de los cuales al menos 1 recorrimos en medio de la noche, porque se nos había hecho tarde, y volvíamos con el sol caído a la cabaña. Sentí miedo, miedo del que se siente de poder perder la vida. Ella también.

Cuando finalmente llegamos a la cabaña, sentimos un alivio enorme. Estábamos sudados, cansados, asustados, respirando hondamente, con dificultad, habíamos corrido y caminado mucho en medio de nuestro miedo.

El lugar era acogedor y bonito. Nos bañamos en agua fría porque la ducha dejó de funcionar quién sabe por qué. Luego nos cambiamos de ropa y nos acostamos un rato. Ahí estuvimos hablando sobre nosotros y lo que sentíamos y todo se sintió tan auténtico, tan honesto, tan real, tan seguro, que la alegría se vistió de paz.

Más tarde, nos pusimos a cocinar la merienda. Prendimos el televisor y vimos una película en la que estaba lista la comida.

Era intimidad lo que teníamos, intimidad ordinaria, aburrida, típica, común: INTIMIDAD, bella intimidad. La intimidad que tienen dos personas que hacen cosas que no son fuera de lo común, pero las une de una manera más trascendental que la euforia de los viajes emocionantes. Intimidad que existe entre dos personas que se aman y comparten sus días, sus horas, sus vidas. Fue bello. Fue tranquilo. Fue satisfactorio.

No pude evitar pensar que así era la vida en pareja de los matrimonios, de las familias de dos, de las personas que se unen legalmente, que comparten economía, pensamientos, dudas, problemas, circunstancias.

No pude evitar pensar que podíamos estar así por mucho tiempo. Que quería estar así por mucho tiempo.

No pude evitar pensar que quería esa intimidad por mucho tiempo.

No pude evitar pensar que la amaba sincera, franca, realista y auténticamente.

Yo no soy el mejor hombre del mundo. No soy un sueño. No soy el yerno deseado, el novio perfecto, el hombre sin defectos. Nadie lo es. Soy solo Joseph y ella solo es Leisa, y nos amamos, nos queremos, nos ayudamos a ser y estar mejor, somos recíprocos, y hemos estado teniendo problemas, pero más soluciones. Creo que esto es el amor. El amor del que tanto he oído. El amor sano. El amor bueno. El amor que nos merecemos. El amor que construye. El amor que edifica.

El amor.

El amor que tanto esperé un día y que creí que ya nunca llegaría; el amor que ya no esperaba, en el que ya no creía.

Seguramente no soy el único intelectual al que le pasa esto de pensar trágicamente, de esperar una ruptura amorosa, un divorcio, una escena triste en el cuadro que pinta su vida. Quizá sea porque a los intelectuales nos gusta la literatura, y la literatura que nos gusta es, muchas veces, trágica. Así que nuestra mente excluye de cierta manera la felicidad de nuestras suposiciones. Nuestra mente es pesimista. Tendemos a esperar la soledad y la desgracia.

Yo me he cansado ya hace bastante tiempo de esta actitud mental, y he tratado de objetarla constantemente. ¿Por qué tengo que pensar que estas cosas malas me van a pasar a mí? No tiene sentido.

Con frecuencia he recurrido a las estadísticas. La mayoría de las personas son plenas y felices, y prefiero considerarme parte de esa mayoría, no de una minoría de pesimista y tristones. Las estadísticas muestran, por ejemplo, más matrimonios felices que matrimonios infelices. Muestran personas satisfechas con sus propias vidas. Muestran vidas monótonamente buenas. Vidas sin epicidad, sin dramatismo, sin atipicidad, vidas maravillosas. Vidas de gente que no escriben libros llenos de personajes a quienes fatiga la vida, que sufren algún duelo, que enfrentan alguna cosa. Y tampoco me seduce la atmósfera del intelectual acartonado: incomprendido, solitario, fatalista, melancólico. Renuncio a ese destino. No lo quiero.

Los intelectuales del pasado no contaban con las herramientas de la psicología de hoy, no sabían cómo funcionaba nuestro cerebro, cómo se podía vivir sano mentalmente. Los del presente sí, así que me parece una estupidez negarse a la realidad: ser felices es una elección, un trabajo permanentemente.

Estoy cansado de la reverencia que le tenemos a los mujeriegos, de los altares en donde los hemos puesto. Qué es un mujeriego sino un hombre que practica el arte del incompromiso, la deslealtad, la palabrería y la estafa. Estafa, sí, de vender ilusiones, de promesas sin respaldo en los hechos. Qué es un mujeriego comparado con los hombres íntegros, honestos, inteligentes y brillantes. Pensémoslo por un momento: por qué los ensalzamos, por qué los admiramos. Qué son ellos más que hombres sin mucho que ofrecer al mundo.

Capítulo XI

Hace un rato, cruzando la calle, con la luz del sol entibiando mi piel, sentí incomprensión con quien había sido meses atrás. No me siento orgulloso por ser la clase de hombre que había sido. Creo que Sartre escribió en alguna parte de *La Náusea* (que no terminé de leer por cierto porque me deprimía, y por ese tiempo no tenía ganas de hacerlo) algo así como que hay cambios pequeños que se acumulan en uno, hasta que se agregan y derivan en un cambio notorio. Bueno, no sé si fue ese bizco, pero esa es la idea que pongo sobre la mesa de mi introspección personal. Yo era alguien, lo ERA; aunque ahora no me gusta ni un poco quien fui. Lo que me queda es cierto desprecio por mi yo pasado, que cambio continuamente por aceptación. Hay que tener compasión con uno mismo, eso lo sabe cualquiera que haya leído un poco de psicología. Pero el amargo sabor de quien fue uno no se va muy rápido cuando uno está pensando en eso. Los pensamientos tienen la propiedad de elongación infinita. Entonces, solo queda esperar que el olvido llegue y se prolongue por muchos meses.

Ahora sé una cosa: la vida está llena de derrotas que se viven en silencio, que no se cuentan si no se tiene necesidad ni urgencia; que se sufren; que se superan más tarde que temprano. Aquí no hay nadie ni nada que no se desplome al menos una vez en al menos un momento de su vida. Lo qué hay es gente que después de caer se levanta, se empuja con el piso hacia arriba por experiencia. Si se fracasa mucho, se deja de exagerar el fracaso. Si se gana mucho, el fracaso siempre se siente como la primera vez. Así que, para fines prácticos, hay que aceptar el asunto: no sé cuándo ni dónde, pero voy a fracasar. Si se hace, uno entiende que tampoco sabe cuándo ni dónde va a tener éxito.

Un amigo falleció hace unos días. Se llamaba César y fue uno de los hombres más grandes que tuve el honor de conocer. César era bajo, usaba lentes rectangulares sin marco, en la escala básica de pigmentación su piel era una J. Ejerció como bibliotecario los últimos años de su vida. Aún recuerdo esa ocasión: la sala estaba vacía, 11 a. m. serían. César salió y me saludó. Nos sentamos en una mesa. Ahí estuvimos hablando sobre todo de libros.

César había conversado unos 6 meses atrás con un grupo de personas en las que se me contaba sobre su libro, *Otello Hostel*. Le dije que lo visitaría después de aquel evento uno de los siguientes días en la biblioteca donde trabajaba. Y porque nuestras agendas a veces se llenan quién sabe de qué tarde mucho más en ir, en realidad varios meses.

De su libro, una colección de cuentos, yo no había leído el que le daba título. En realidad, lo leí, recientemente, hace unos días hasta la mitad.

Hasta dónde llegué, Corzo, un profesor universitario, descubre la infidelidad de su mujer y espera a su mujer para encararla en el hotel donde se encuentra con el amante.

Son las 7:45 de la mañana, y por primera vez quiero abrir una herida: mi infidelidad. Hace años ya, cuando tenía 19, mi novia me engañó. Corzo fui yo, y hemos sido unos cuantos.

Quizá yo no me parezca a Corzo en nada más que la traición que le cometieron, pero ese es un lazo que me une en empatía con él. Que sella una comprensión de facto.

He pasado mucho tiempo lidiando con el estigma de ser *cachudo*. Me parece que ahora que cuento con ciertos instrumentos intelectuales puedo hablar del asunto con objetividad y sensatez.

Yo fui engañado, pero algo he aprendido y me dispongo a diseccionar el asunto. Para empezar, las personas tenemos valores y continuamente elegimos cuáles valores mantener y meter en nuestra cesta. La fidelidad es un valor. No todos ven en la fidelidad algo trascendente y valioso, algo bueno y provechoso. Esa es una verdad. Es un hecho. Tampoco al control como una cualidad buena. Y se necesita control de nosotros mismos para ser fieles. Yo, por ejemplo, necesito control para irme antes

de que dos o tres copas más se vuelvan un brasier y un calzón menos. Necesito control para irme cuando noto que la guapa jefa me seduce, en parte, a causa de su divorcio reciente con alguna excusa, antes de que sea muy tarde, y se baje la falda y vea ese hermoso culo.

Tengo que comprender los límites de mi cuerpo, el punto abstracto en donde la voluntad no alcanza, porque eso me permite ser preventivo, entrar en campos de batalla donde puedo pelear en paridad. Si no es así, si esa consciencia nuestra de la natural debilidad no existe entonces la fuerza verdadera del espíritu es discursiva y no ejecutable. Saberse mortal y propenso a la falla, nos hace menos superficiales y estúpidos.

En esta vida se puede renunciar a la responsabilidad de ser consciente de ser, de estar, de hacer, y poco impacto tendrá en la existencia cósmica, pero sí en nuestra propia plenitud.

"Viendo una peli, mi amor", escribió sin mucho cuidado Brithani a su novio en la llamada. "Espérame un momento", me había dicho antes de contestar. Creo que le había marcado, y se dio cuenta de que era mejor explicar qué hacía y dónde estaba. Al terminar de hacer aquello, me volvió a mirar y me dijo "ya guapo, disculpa".

Por entonces mis valores eran mediocres. Ni siquiera me detuve a pensar qué responsabilidad tenía al seguir ahí, con una mujer que era infiel, sabiendo que lo era. No fui capaz de comprender lo malo que era. Ya había pasado antes. Alguna mujer con la que me involucraba olvidada a su pareja mientras estaba conmigo.

No tienen idea de cuánto arrepentimiento siento. Esa época de mi vida en donde el orgullo que sentí por mi aspecto físico, mi habilidad para seducir y mi evidente ausencia de control y límites.

—Sé cómo se siente tener esa sonrisa. Crees que tienes control sobre el mundo. El éxtasis te ocupa los huesos. Miras con picardía y sonríes con una picardía mayor. El mundo se limita a tu manipulación, ¿pero sabes una cosa niño bonito? Das asco. El mundo está lleno de cosas más valiosas que meterse en el bolsillo a la chica más bonita del lugar.

En *El nombre de la rosa* de Umberto Eco, hay un fragmento: "Los libros no están hechos para que uno crea en ellos, sino para ser sometidos a investigación. Cuando consideramos un libro, no debemos preguntarnos qué dice, sino qué significa". Eso son los libros, en cierto sentido, sin duda. Pero los libros también son una lectura muy transparente de quienes somos. Quizá en medio de algún libro uno llegue a la conclusión de que ha estado pensando erradamente, y se dé cuenta de si sigue su vida pensando así será un desperdicio de tiempo o una desgracia.

Descartes, en *Metafísica,* afirmó que leer libros buenos era como hablar con las mejores mentes del pasado, por otra parte; y Ray Bradbury, en *Fahrenheit 451*, escribe en uno de sus diálogos que, ya que la mayoría de nosotros no cuenta ni con todo el tiempo ni todos los recursos, leer es una forma de explorar más el mundo de lo que sería posible sin la lectura. Además, me parece que Eco también dijo que si uno leía libros viviría más de una vida.

Hay tantas bellas citas que se me olvidan, tantas maravillosas lecturas, tantos puñetazos hechos de ideas que he recibido de los libros, que surgen en esta escritura, que tenía la intención inicial de significar que los libros son maestros por excelencia.

No hay recetas ni manuales para obtener todo lo que uno quiera, porque habría que aceptar la suposición de que uno siempre sabe lo que quiere —y usted sabe tanto como yo que eso no es así—.

Lo que se puede hacer en la brevedad de este estado perpetuo de consciencia de ser y estar es elegir con la misma frecuencia un propósito y que mejor si ese propósito facilita el de otros.

En ciertas ocasiones se debe creer en uno, aunque uno sea el único que cree. No siempre es la mejor práctica, pero dadas ciertas circunstancias es una opción razonable.

Hay que prescindir de lo que los demás creen que uno puede hacer o merece. Si yo no hubiera creído desproporcionadamente que podía ser algo más que un chico de barrio marginal, estas palabras no se habrían materializado. Esta vida no se hubiese concretado. Este hombre que anda con la seguridad de ser él mismo no habría sido posible.

—¿Cuáles son tus motivos para desear esto? —me pregunté. Tras pensarlo un rato, me respondí: motivos malos, sinceramente.

Había llegado a la conclusión de que no tenía buenas razones para querer que aquello ocurriera. Porque las buenas razones están sustentadas en buenos valores, y los buenos valores son útiles para los demás, se basan en la realidad y dependen de uno. Mark Mason, un autor que leí, dice, por ejemplo, en su libro *El sutil arte de que te importe un carajo*, que la honestidad es un buen valor porque es algo sobre lo que uno tiene control, refleja la realidad y beneficia a otros.

Yo pondría otro: ¿por qué tendría sentido querer ser jefe o autoridad? No lo tiene. Si uno piensa mucho en eso, se da cuenta de que tendría sentido querer ser un buen hombre, un hombre íntegro, honesto, inteligente y que, dadas ciertas circunstancias, uno debería prestar todo eso que uno ha logrado ser con trabajo duro al servicio de una organización, y eso es todo. Eso tiene sentido. Porque

la sutil distinción entre el deseo de algo sustentado en buenos valores y deseo de algo sustentado en valores mediocres también radica en la contemplación de nuestros motivos.

Si mi vida fuese nada más que la de un hombre bueno, justo, íntegro, de familia, de ética profesional, que lo que ha logrado lo ha logrado por mérito propio, por voluntad y constancia sudadas, trabajando duro, eso sería más que suficiente para mí. Eso sería lo justo y necesario para medir y valorar mi vida.

Capítulo XII. Reformulación

Las lecciones que se aprenden a la mala configuran para siempre lo que uno es. El dolor nos permite salir de nuestra vanidad, del ego, del orgullo. Hace poco tiempo, por ejemplo, yo precisé que hablar de mujeres, fiestas y banalidades era algo que me desagradaba de mí mismo. Soy un hombre de principios y valores y por un tiempo no lo expresé de forma clara. No fui coherente.

Hoy me doy cuenta de lo importante que es decir la verdad, obrar con la sinceridad de los actos. Solo se miente cuando se necesita ser piadoso. De otra forma, las pequeñas mentiras hacen de uno un gran fraude.

He estado comprando libros más seguidos estos meses, y de a poco mi pequeño mueble para libros empieza a ser insuficiente para albergar toda mi colección. Quizá tenga unos 90 libros —pocos, relativizando, pero esta pequeña y modesta biblioteca la he armado yo desde que soy estudiante universitario. La he creado para mí con los libros que leí y otros que me han regalado. Hay tanto que recordar si me detengo en cada uno de estos libros: sueños, pasión, ideas, duda, reflexión. Una persona también es lo que ha leído, y más lo que ha leído con devoción.

Los libros, sí, son testamentos; en ellos albergamos lo que fuimos y lo heredamos a quien lee lo que leímos devotos. Un libro es un mapa de alguien. Un libro es un cementerio: ahí estamos alojados, ahí residen partes de nuestra alma.

El año pasado me encontré a Alicia en el trole[5], la novia que me fue infiel. Estaba a mi lado y no la noté sino hasta que llamó a alguien y oí su voz.

Alicia esperó un saludo. Lo pidió con sus ojos. Yo me limité a reconocerla y elegir una pista de mi lista de canciones para ponerme audífonos. Me sumergí en la música.

Unos 40 minutos después, bajé del trole, y mientras bajaba sentí la mirada de Alicia sobre mí; me siguió hasta la salida.

Semanas después, un amigo se encontró con ella. Coincidieron en una fiesta. Alicia preguntó por mí. Mi amigo me lo comentó. Para entonces, no sentí nada más por ella que lo que se siente por los conocidos: indiferencia amable.

He recordado esto hoy, porque mientras conducía escuché un podcast. Me hizo ruido. Yo fracasé en el amor alguna vez. Inexperto, creí en una mujer que no fue la mejor persona del mundo por esos tiempos. YO FRACASÉ, como se fracasa en todo en la vida si se vive con valor.

La vida ha pasado y se ha vuelto buena. Mi vida es buena. Soy alguien feliz. Alguien que ahora lo agradece y recuerda a una chica que alguna vez quiso, aunque ahora solo es una excusa para decir: la vida pasa.

—Ocurre —puntualicé—. Tu vida va mudando de piel como las serpientes, y aquello que alguna vez estuvo pegado a ti se desliza. Pasa de a poco, hasta que algo detona tu consciencia. ¿Para qué? ¿Con qué fin? ¿Acaso tiene sentido arrastrar los residuos de una vida que ya no es tuya? Y, quizá con cierta rabia, el NO hace eco. YA NO.

[5] Sistema de transporte público de la ciudad de Quito que consiste en trolebuses.

La tristeza es natural. Llega. Se va. Vuelve a llegar. Vuelve a irse. La alegría también. No hay que exagerar eso. Es decir, hay que sentir sí abiertamente la pena y llorar cuanto se debe, para que se nos agote con las lágrimas. Quien no puede hacerlo prolonga innecesariamente el sentimiento y lo transmuta en rabia, frustración, melancolía (alguna cosa más grave o menos manejable). Así que, en lo que a mí respecta, voy a llorar todas las veces que me convengan.

Capítulo XIII. Un final

Si nuestra relación se acaba, bueno, extrañaré su risa y su mirada. Extrañaré cosas que de seguro son tan simples y aun así tan importantes. Pero si se acaba, se habrá acabado. Yo seguiré siendo el mismo, y me reiré cuando haya que reír, y sonreiré cuando haya que sonreír. No le pondré fin a mi vida, porque no me será posible; la vida siempre continúa, aunque uno se niegue a vivirla por un rato —sobre todo cuando está triste—. Pero si se acaba, tarde o temprano volveré a amar, y ella también. Así que, si se acaba algo, jamás el horizonte.

Acostada en la cama, sonriendo tiernamente y acomodándose el cabello mientras hablábamos de dos libros que íbamos a intercambiar, se veía tan bonita. Ese momento era especial, y no porque ella fuera una mujer atractiva o porque la imagen se pareciera a una estúpida comedia romántica —porque lo hacía—, sino porque me entendía con ella. La compresión era fluida, no requería esfuerzos, y ahora que lo recuerdo pienso que eso es algo que debo agradecer. Puedo pasar horas con ella sin que el tiempo sea pesado, ni tediado. Estar con ella es leve, bueno, divertido.

Algún adolescente interior revive en mí al pensar que alguna vez le escribí cosas sin saber cómo se veía su rostro, se sentía y olía su piel, cómo todos esos detalles de ella, que ahora conozco, no permitían que exista la esperanza de hallarla. Cuando uno tiene el amor enfrente, carece de sentido esperar nada.

El mar se abrió paso entre la vegetación. Imponente, aparentemente sin fin, se extendía al horizonte. La arena era clara y el paisaje se cerraba en la playa por una densa vegetación. Los turistas disfrutaban del agua y el sol.

Me resistí a aceptar que aquello era solo un paisaje. Era el grato silencio que va más allá de lo rutinario.

Ahí, en medio de esa quietud, contemplé mi vida: Tener una familia; el amor de una mujer a quien amo; una profesión; cierta reputación, leve, pero una reputación de tipo sensato y lógico, quizá, de fácil trato.

Alguna vez, en la adolescencia, soñé aquello: yo, un auto bonito, una novia bonita, joven, intelectual, que había algo escrito.

(Intelectual, suena vanidoso, quizá, no lo sé, pero es cierto que lo soy. La celebridad no la tengo ni la espero ni la ansío. Pero he dicho y pensado. He vivido y he ganado mis batallas; algunas, no exagero, otras las he perdido. Pero he vivido, y me he vuelto la clase de hombre que me habría gustado ser).

Antes una de mis citas favoritas de *La insoportable levedad del ser* de Milán Kundera era: "Si el amor debe ser inolvidable, las casualidades deben volar hacia él desde el primer momento, como los pájaros hacia los hombros de San Francisco de Asís". Creía fielmente que debía ser así. Pues ya no. Ahora creo que si el amor debe ser inolvidable debe estar lleno de actos, de compromisos, de cuidados, de elecciones.

Nos estuvimos mirando los ojos bastante tiempo. Nuestras caras estaban la una frente a la otra. Ella y yo nos acariciábamos las mejillas y recorríamos cada detalle de nuestros rostros. Me sentí seguro y cómodo, agradecido. Quizá nunca antes me había sentido así con nadie. Mientras le acomodaba el cabello, pensé que ya no quería seguir bloqueando más mis emociones y que ya no había razón para hacerlo. Entonces, ella dijo que tenía mucho miedo de que yo no la correspondiera y la callé con un beso. "También te quiero, Leisa", dije calmadamente decidido. Así fue cómo nos volvimos novios.

No fui capaz de comprender muy bien por qué ella pensaba que yo me cansaría de ella hasta que me lo explicó. Tenía tanto miedo como yo a que le rompieran el corazón. Ambas infancias nos habían

herido. Ambos habíamos pasado mucho tiempo peleando con las inseguridades de nuestra cabeza, pero ahora nos teníamos entre los brazos y eso era pacífico, decidí apretarla con fuerza y prometerle que no la abandonaría. Eso la calmó. Pero ella quizá no sabía que a mí me calmaron sus palabras, solo era una chica declarándole su amor al chico que le gustaba. Y quizá yo había esperado ser ese chico por muchos años. Más de los que soy capaz de admitir.

Hoy leí una sección de un muy buen libro: El Ego es el enemigo, de Ryan Holiday. Su título es Olvidarse de sí mismo. Ryan hace énfasis en la vanidad y el orgullo que existe en ciertos escritores. Cuánta razón tiene. Para el autor que está "destinado a la grandeza", a excusa de su destino, la realidad, el presente y la gente parecen prescindibles. Su gran ego le oculta la complejidad, riqueza y diversidad de las relaciones humanas donde no participa. Así, pues, la música de moda le parece indigna, insignificante, oprobiosa respecto al "arte de verdad". El discurso político le parece simplificado, caprichoso y superficial. Los otros le parecen vacíos, estúpidos y mecánicos. No es él, y por supuesto que lo es, un loco desconectado de la realidad que niega su ignorancia sobre diversos fenómenos del mundo.

Claro que lo escrito puede ser valioso, bien logrado, pero eso no significa que sea verdadero, fiel a la realidad o honesto. Vale tenerlo en cuenta al leer. No vaya a ser que solo reforcemos nuestros sesgos. Donde un escritor anuncia la decadencia del mundo, lo vil, miserable y despreciable de la humildad, hay que imaginar su cara.

—¿Sabes lo que pasará mañana? ¿Puedes estar seguro de que no morías?

Creo que no. Que todo puede pasar. Quizá mañana muera, y no tiene sentido que viva pensando de otra forma. Amo a esta mujer. Estoy seguro. No importa si la amara dos días o diez años. Así como no importa si vivo 2 meses o 7 años de aquí en adelante. Yo no puedo saber qué pasará en el futuro, y vivir de forma valiente también significa apreciar lo que se ha dado.

He conocido a una mujer buena. La conocí inesperadamente. Fue su bondad lo que me impresionó. Cuando la conocí dormimos juntos por las circunstancias. Fuimos a ayudar en un albergue. Me abrazó y se quedó dormida. Por muchos minutos, aprecié ese momento. Hacía bastante frío. Una ligera capa de espuma nos aislaba del suelo. Una sábana nos daba abrigo. Habíamos pasado casi una hora caminando para llegar al albergue. Ahora, en retrospectiva, creo que viví un hermoso sueño. Recuerdo su rostro sonriente cuando su cabello tapó su rostro porque el viento lo movía mucho. Esa camioneta que nos acercó a la Floresta, donde después caminamos. Cada momento de ese día fue hermoso. Y yo no pude notarlo en ese momento. Ahora que puedo recordar, que precio cuán afortunado fui.

(Me quedé callado un rato).

—Al día siguiente de dormir juntos, caminábamos al trole y ella dijo: "quizá sea la última vez que nos veamos". No se lo dije, pero me pareció triste.

Pero no nos separamos. Fuimos a comer. Luego fuimos en bus juntos. Después al cine. Después de *camping*. Después conducimos juntos. Bailamos juntos. Lloramos juntos. Nos amamos. Ya no recuerdo cuando estaba seguro de que la amaba.

Pero sé que le amo.

Amo a esa chica con todo el corazón.

Ya he perdido la cuenta de cuántas veces la he visto sonreír; cuando sonríe dibuja un hoyuelo —un bonito hoyuelo—. De cuántas veces le he acomodado el cabello y he visto esos hermosos ojos oscuros;

cuántas veces nos hemos reído; cuántas veces la he observado en silencio, cuando se descuida, y he pensado que mi vida a su lado tiene mucho sentido y es muy feliz.

Por eso te digo que, si muero mañana, estaré bien. Yo ya he vivido lo suficiente para amarme a mí mismo y al mundo y a una mujer. Y todo eso es suficiente para mí.

—A un niño roto le toma tiempo entender que siempre fue suficiente y merece ser amado. El cree que hizo algo mal, que tiene algo malo, que tiene la culpa. Luego empieza a mirarse desde afuera y ya no entiende: qué niño puede tener la culpa de algo. Poco a poco, elige a sus amigos, a su pareja, a sus relaciones. Sigue arrastrando cierto pensamiento: ¿acaso esto, la felicidad, es así? Para él felicidad es siempre lo opuesto a dolor, miedo, ausencia, inseguridad. Ese niño, si es valiente, aprenderá a ser feliz y ese aprendizaje lo hará sin duda un hombre sabio, y ese será un obsequio pequeño para él.